

MARIE

Deben creerme. Desde donde les hablo, las mentiras y los fingimientos no sirven de nada. Cuando miro el fondo del mar, veo a hombres y mujeres nadando con vacas marinas y celacantos, veo sueños enganchados en las algas y bebés durmiendo dentro de pilas de agua bendita. Desde donde les hablo, este país parece una polvareda incandescente y sé que por menos de nada arderá.

No recuerdo toda mi vida, porque aquí solo subsisten las siluetas de las cosas y el rumor de lo que ya no es.

Recuerdo esto.

Tengo veintitrés años y el tren llega, azul y sucio. Dejo el valle de mi infancia donde fui una niña débil y perdida, aplastada por las montañas. Ya no quiero seguir viendo la negrura del invierno derramándose sobre las casas y los rostros, ya no soporto el olor a moho en el aire desde por la mañana, ya no soporto a mi madre, que pierde la cabeza, que habla sin parar y que escucha canciones de Barbara durante todo el día.

Tengo veinticuatro años y sigo débil y perdida. Termino mis estudios de enfermería en una gran ciudad. Vivo en un piso espacioso con otras tres estudiantes y, algunas noches, el ruido, la luz y las conversaciones me producen el efecto de un

agujero negro que me engulle. Tengo un amante después de otro, follo como una mujer que me resulta desconocida y me produce cierta aversión. Tomo, dejo, vuelvo a tomar, y nadie dice nada. Elijo trabajar en el turno de noche en el hospital. A veces me tumbo en las camas deshechas, todavía calientes, y trato de imaginar lo que es ser otra persona.

Tengo veintiséis años y conozco a Chamsidine, que es enfermero como yo. Cuando se dirige a mí por primera vez me sucede algo muy extraño. El corazón, este órgano que estaba sólidamente pegado a mi pecho, desciende a mi plexo solar y, a partir de ese momento, late aquí, en medio de mí, en el centro de mi ser. Chamsidine es ancho de espaldas y puede llevar en brazos sin esfuerzo a un hombre adulto. Cuando sonrío, tengo que respirar con el abdomen para no desmayarme. Cuando ríe con todas sus ganas, siento mi sexo abrirse como una flor y aprieto las piernas. Todas las enfermeras se han enamorado un poco de este negro tan grande que viene de una isla llamada Mayotte y que, no sé por qué, me eligió a mí en una noche de guardia. Ante este hombre me vuelvo tímida. Tengo veintiséis años y me enamoro. Me habla como si me hubiera estado esperando desde hace mucho tiempo. Me cuenta historias y leyendas de su país, de lo que le sucedió cuando era pequeño, la vez que hizo esto, cuando su madre le decía aquello, y yo escucho en silencio, embelesada. Tengo la impresión de que Cham ha vivido en una isla de niños, exuberante, fértil, una isla donde se juega de la mañana a la noche, donde las tías, las primas y las hermanas son otras tantas madres bondadosas. Cuando me levanto por las mañanas en la ciudad ruidosa, pienso en ese país.

Tengo veintisiete años y me caso. No recuerdo mi vestido, pero sí a mi madre esperando conmigo delante del ayuntamiento. El viento es tan fuerte que ha volcado las cajas de madera apiladas en el patio empedrado del ayuntamiento.

Chamsidine se retrasa. Mi madre me dice *Ten cuidado, Marie, todos los hombres son iguales*. Cham llega en ese momento corriendo y riendo.

Tengo veintiocho años y vivo en Mayotte, una isla francesa situada en el canal de Mozambique. Alquilamos la primera planta de una casa en el municipio de Passamaïnti, a algunos kilómetros de Mamoudzou, la capital. Trabajo como enfermera de noche en el Centro Hospitalario Regional. En cuanto a Chamsidine, está destinado en el hospital de Dzaoudzi. Todas las mañanas, cuando termino mi turno a las seis, haya sido como haya sido la noche, haya durado mucho o poco la guardia, camino despacio y tranquila, muy tranquila. Bajo la colina y sé que la pequeña me espera. Cubierta de polvo rojo, tiene las manos y los pies tan ásperos como los de los obreros y los cabellos sucios y grises. Me espera sonriendo. Antes de acabar la guardia, he ido a buscar alguna sobra a la cafetería, un paquete de galletas, una naranja o una manzana. Se ha creado una extraña relación entre las dos desde que trabajo aquí. Me detengo junto a ella, me sonrío, le doy lo que le llevo. Nunca me dice nada, ni buenos días, ni gracias ni adiós. Extiende rápidamente la mano, noto que no quiere dar la impresión de estar mendigando; de hecho, me mira a los ojos y nunca lo que deposito en su mano. Cierra de inmediato los dedos y esconde la mano detrás de la espalda. Su sonrisa se ensancha un poco. Es una pequeña gratificación, acorde con lo poquito que le doy. No sé si entiende el francés. Nunca le he dicho cómo me llamo y yo tampoco se lo he preguntado a ella. Quizá viva en la cabaña de hojalata que diviso entre los árboles raquíticos, en la colina. Quizá viva escondida en el bosque, como muchas familias de ilegales. Quizá lo que le doy lo compartan entre varios. Quizá. Pero no pienso demasiado en esas cosas. Lo hago porque sí, a mí no me cuesta nada y a ella nada le obliga a estar agrade-

cida; esto apenas dura treinta segundos, prosigo mi camino y me olvido de la niña.

Reduzco el paso ante la multitud variopinta que espera a que las oficinas de la prefectura abran sus puertas. Las conversaciones parecen intrascendentes, el sol todavía no aprieta. La bandera azul, blanca y roja ondea en lo alto. Delante de la verja cerrada, todavía están a tiempo de conseguir un tique que les permita ver a un agente y, finalmente, explicarle su caso, el cómo y el porqué, presentar la solicitud de permiso de residencia, pedir un comprobante, informarse sobre la tarjeta de residencia, confiar en una renovación, una audiencia, una prórroga, un salvoconducto.

Al otro lado de la acera, casi enfrente, hay otra multitud abigarrada, la del dispensario. Se reparten cien tiques al día y algunas personas esperan desde las cuatro de la mañana. También aquí la situación está todavía tranquila. Cuando paso, los dos grupos se tocan prácticamente, estoy en el medio, me pregunto cuántos de ellos, a derecha o a izquierda, han llegado en *kwassas kwassas*, esas embarcaciones improvisadas en las que se hacinan inmigrantes ilegales procedentes de las otras islas de las Comoras.

Recuerdo abrirme paso discretamente entre los dos grupos como entre dos hojas afiladas de cuchillo y que, una vez que he pasado, no puedo menos que respirar profundamente, como aliviada.

Continúo hasta el muelle. De camino compro bananas, pimientos y tomates. Aspiro el olor de este país que tanto me gusta, miro el fondo del agua, admiro a las mujeres. Me encanta observar a los niños que vienen a zambullirse en el puerto. Toman carrerilla en el espigón de hormigón, corren con sus piernas negras y flacas como palos a toda velocidad. Una vez en el borde, se tiran al agua doblando las piernas, abriendo los brazos y gritando de alegría.

Cuando llega al muelle el transbordador, esa embarcación azul y blanca que hace la travesía entre Petite-Terre y Grande-Terre, diviso a Cham, cada día más guapo, cada día más irreal en su forma de ser mío.

Volvemos a casa, dormimos, nos amamos y nos despertamos en pleno día. Cuando no trabajo, me gusta contemplar la noche desde nuestra terraza. En algunas zonas es azul y en otras negra. Las estrellas se apiñan a cientos en el cielo. Me gusta oír el aleteo de los zorros voladores. En el mar en calma, unos puntos amarillos se mueven como luciérnagas. Son las luces de las barcas de los pescadores, que salen con una lámpara de aceite sujeta al mástil para atraer a los peces.

Siento tanto deseo por este país, deseo de cogerlo todo, de engullirlo todo, un trago de amor tras otro, un bocado de cielo tras otro

Tengo veintinueve años y, deben creerme, cada día aumenta la espera, la esperanza de tener un hijo. Desgrano los meses con sueños, risas y revolcones. Me vienen a la cabeza las canciones de mi infancia como por arte de magia, *Gira, gira, el molinito. Aplaude, aplaude, con tus manitas*, y mi cabeza es una calabaza llena de cosas que parecen estar al alcance de la mano y que, sin embargo, se me niegan. Hay tantos niños aquí, tantas mujeres embarazadas, todos esos bebés en todos esos brazos, ¿por qué no en los míos? Todos esos bebés nacidos sin que nadie los desee, mientras yo ruego y suplico. Cuando la sangre cálida vuelve a mis braguitas cada mes, lloro y maldigo a todas esas madres que veo en el hospital y que no saben nada de nada, a todas esas ilegales que vienen a parir a esta isla francesa para conseguir unos papeles, y debo reprimirme para no preguntarles: *Pero ¿quieres realmente tener ese bebé o solo quieres venir a Mayotte por los papeles?* Cambio, aumento de volumen, pero en mí solo hay grasa mala, la cabeza me da vueltas y mis palabras se agrian como

la leche. Por la mañana, todos esos desdichados que esperan sus papeles y todos esos otros que esperan atención médica me irritan, son demasiado numerosos, demasiado ruidosos, demasiado de todo. Créanme, me vuelvo loca, dejo de ser yo. Me tambaleo.

Tengo treinta años y no hago otra cosa que esperar y llorar.

Un día, al amanecer, cuando estoy a punto de acabar el turno en el hospital, la sangre llega. La víspera había calculado seis días de retraso, y mi cabeza, ay, mi cabeza, si ustedes supieran todo lo que había dentro de mi cabeza, había un bebé, había un nombre de pila, había cuentos, *Vuela, vuela, el pajarito; nada, nada, el pescadito*, había una bonita ceremonia, yo era una mamá con unas ropas tradicionales mahoresas y toda la familia de Cham me adoraba por ese bebé mestizo con un buen *djinn*¹ que velaría por él durante toda su vida.

Camino con cuidado, me vuelvo ligera, rezo algunas oraciones, voy a la capilla de Dzaoudzi y enciendo tres cirios. Rezo tan fuerte que me zumban los oídos. Aun así, la sangre espesa y pegajosa fluye entre mis piernas al amanecer y regreso a casa. No cojo nada, ni paquete de galletas, ni manzana, ni naranja, y, al llegar a la curva, la veo, bueno, en realidad no, porque solo siento ese flujo entre las piernas y querría coserme el sexo con un grueso hilo negro para que deje de manar. Paso por delante de la niña sin mirarla y oigo ¡Ey! ¡Ey! Me vuelvo y veo que me sonrío con las manos abiertas y vacías.

Créanme, perdí la cabeza. Cojo un palo y corro hacia ella gritando no recuerdo qué, seguramente ¡*Lárgate!*!, sí, seguramente eso, como si estuviera espantando a un perro sarnoso. Huye a toda velocidad, no puedo seguirla colina arriba, entre

1 «Genio», en árabe [N. de la T.].

matorrales y desperdicios. Le lanzo el palo por detrás. Ella grita y yo también.

Tengo treinta y un años, y Cham me ha abandonado. Ya tiene otra mujer, una comoriana que ha conocido no sé dónde. La perra. Se viste con ropas de colores que son como de payaso y se pone una mascarilla de sándalo en la cara que le hace parecer todavía más payaso. Tiene las nalgas gruesas y la piel joven y negra. *¿Ahora te van las negras? ¿Ahora te follas a pequeñas ilegales? Mi madre tenía razón, todos los hombres sois iguales. ¿Te gusta follarte a las negras?* Esto es lo que le pregunto a Cham mientras la sangre roja y espesa corre entre mis piernas y su mano aterriza en mi mejilla. Créanme, en ese momento desearía que me pegara una y otra vez, ¡que saliera finalmente de mí esa mujer que grita esas cosas tan horribles!

A veces, cuando estoy sola en casa por la noche, me gustaría poder oír de nuevo el ruido húmedo que hacían nuestros cuerpos cuando se frotaban el uno contra el otro, me gustaría oír el aleteo de los murciélagos fuera y quedarme dormida, acunada por el ligero ronquido de Cham. Me gustaría ver girar las aspas del ventilador mientras hacemos el amor. Cuando estoy sola y me siento de nuevo débil y perdida, hago como que abrazo el cuerpo de Cham, que respiro su olor, que lamo su sudor. Elimino de mi boca las palabras que hieren, me trago toda la ira, froto con mi cuerpo la superficie de nuestro amor para que vuelva a ser terso y aterciopelado.

Pero Cham ya no me quiere, me mira con ojos apagados y una mueca en los labios. Me pide el divorcio, pero me niego a dárselo. Desaparece durante días y después me anuncia que se ha casado por la Iglesia y yo le vuelvo a insultar, pero no quiero divorciarme. He perdido la lucidez, estoy dominada por la ira, por la frustración, por la acritud, y nadie puede salvarme. Me anuncia que su puta payasa está esperando un hijo. Odio este país.

Estoy a punto de cumplir treinta y tres años. De vez en cuando me cruzo con la puta de Cham, que empuja un coche de niño por las calles de Mamoudzou. No tiene papeles y a veces me entran ganas de denunciarla como hacía la gente durante la guerra. Supongo que bastaría con telefonar a la PAF^{*2} y, después, podría esperar tranquilamente delante de su casa para ver cómo echan a esa perra, cómo la sacan de allí y la meten en el *jeep*, *Bye bye, puta payasa, regreso a Anjouan, el billete de ida es gratis*. Pero ese cochecito de color rojo cereza me lo impide, porque no hace tanto tiempo yo también soñaba con pasearme con un cochecito así por las calles de Mamoudzou. Sigo, pues, mi camino.

Estoy a punto de cumplir treinta y tres años, y esa noche, la del 3 de mayo, trabajo. Llueve a cántaros desde hace varios días, no hay mucha gente y estoy en la sala de enfermeras sola, leyendo. Ya no tengo amigos, ya no veo a la gente que me conocía cuando estaba con Cham. De todas formas, ya no me apetecen ese tipo de cosas, las noches a la luz de la luna, las chácharas sobre el país, sobre la miseria, sobre la decrepitud. El único que me sigue dirigiendo la palabra es Patrick, el auxiliar de enfermería. A veces, cuando lo veo con su camisa de flores y su vientre abombado, cuando sorprende su mirada de cazador sobre las jóvenes negras, trato de imaginar al Patrick que llegó a Mayotte hace quince años con mujer e hijos. ¿Tenía ya ese olor a tabaco, sudor y agua de colonia? ¿Había cerrado ya su corazón y su cabeza? ¿Imaginaba que pasaría las noches de los viernes en la discoteca Ninga, sentado como un magnate y rodeado de esas jóvenes comorenses y malgaches que se perfuman el sexo con desodorante? ¿Trató al menos de resistir o lo mandó todo a paseo cuando com-

2 Para los términos o siglas seguidos de asterisco, véase el glosario de la p. 153.

prendió el poder que un hombre blanco tiene aquí? Pero no lo juzgo, este país nos aplasta, este país nos convierte en seres malvados, este país nos atenaza y ya no podemos irnos. Suena el teléfono y me anuncian que los bomberos se han hecho cargo de dos *kwassas* sanitarios. Dejo mi libro, respiro hondo. Es lo que más temo. Los *kwassas* sanitarios traen enfermos, viejos, mujeres embarazadas, niños lisiados, heridos graves, locos y quemados. Hacen la travesía entre Anjouan y Mayotte para recibir atención médica. He visto mujeres con cánceres muy avanzados, de esos que en la metrópoli ya solo existen en los libros de medicina. He visto quemados con la piel completamente podrida, niños muertos desde hace varios días, pero aún en los brazos de sus madres, hombres con las piernas amputadas por los tiburones.

Estoy a punto de cumplir treinta y tres años, cierro mi libro y quizá esta noche olvide cerrar mi corazón. Cuando bajo a la recepción, ya hay una docena de personas, todas empapadas hasta los huesos. Varias mujeres en avanzado estado de gestación, una anciana con una sola pierna, un adolescente que da saltitos agarrándose a un bombero y ella, una joven muy guapa con un bebé en brazos. Me llama la atención enseguida, tiene dieciséis o diecisiete años y un aspecto saludable, mira como un animal asustado, va de un lado para otro todo el tiempo. Los bomberos acompañan a las mujeres embarazadas a la maternidad y, por una vez, no pienso en nada, no les deseo lo peor. El bombero al que se agarra el adolescente se acerca a mí y me dice *Está loco*. El joven se echa entonces a reír de una forma que me recuerda la risa de Cham, fuerte, suave y contagiosa. Le indico dónde está la planta de psiquiatría. El chico sigue desternillándose y su risa se mezcla con el ruido de la lluvia. El bombero me pide que me ocupe de los otros hasta que lleguen los policías. Se alejan rápidamente, pero sigo oyendo durante un largo rato las carcajadas del joven.

La anciana con una sola pierna se pone entonces de pie, se apoya en un palo que utiliza de muleta y se dirige hacia la salida. Me mira de reojo, pero mantengo mis manos en los bolsillos de la bata, no la detengo, no la ayudo, la veo cojear hacia la puerta y desaparecer en la noche de Mamoudzou, bajo la lluvia. Lo ha conseguido, está en Francia. Hago un gesto a la joven para que se acerque y cogemos el box número 2. Su bebé está envuelto en una tela tradicional roja y amarilla. No llora ni se mueve. ¿Estará muerto? Fuera, la lluvia cae con un ruido de ametralladoras.

La joven saca hábilmente al bebé de su envoltorio y veo que lo lleva vendado como una momia. ¿Estará quemado? Deshace los vendajes, que le cubren incluso una parte del rostro. Es un bebé de apenas unos días, respira, no está quemado, parece perfecto. Está perfecto. Empiezo a hablar, pero la madre se lleva un dedo a los labios y me dice *¡chist!* No quiere que se despierte. Me señala el ojo del bebé. No entiendo nada, no veo nada, el bebé duerme. Ella se impacienta, me señala sus dos ojos, después los míos y luego los del bebé. *Ah, ¿su bebé está ciego?* Sacude vigorosamente la cabeza y de pronto el niño empieza a patallar; chasquea los labios, una, dos veces, como si buscara el pecho, y la joven me lo tiende como se tiende algo que da miedo y a la vez repugna. No sé por qué le cojo al bebé, que se estira en mis brazos, es maravilloso sentir ese cuerpecito caliente acurrucarse contra mí.

El pequeño abre los ojos. La madre recula hacia la cama, y en cuanto a mí, veo algo increíble, algo que no he visto en mi vida, aunque sé de qué se trata, porque lo aprendí cuando estudiaba. El bebé tiene un ojo negro y otro verde. Tiene heterocromía, una anomalía genética totalmente benigna. El verde de su ojo es como el de las hojas del árbol del pan, o quizá del mango, bueno, no sé, es de ese verde increíble que tienen a veces los árboles de este país durante el invierno aus-

tral. Me observa con su mirada bicolor, le hablo, le digo *Buenos días, bebé precioso*. La madre me dice entonces haciendo grandes ademanes hacia el niño *Él bebé del djinn. Dar mala suerte con su ojo. Él dar mala suerte*.

Lo deposito tranquilamente en la cama, subo las barras y digo a la madre que voy a buscar un biberón. Cuando me doy la vuelta para irme, le oigo decir *Tú amarlo, tú cogerlo*. No me detengo, dejo que esas palabras me persigan como una maravillosa estela de estrellas en la noche mahoresa. Voy a la guardería unos minutos para preparar un biberón, mis pensamientos se abren como las flores por la mañana, amplios y alegres; me veo en mi casa con un bebé, una cama con barras, una alfombra de juegos, libros para leer, *El molinillo ya giró y tus manitas aplaudieron. El pajarito ya voló. El pescadito ya nadó*. Pronto cumpliré treinta y tres años y por fin tengo un hijo.

Tengo treinta y cuatro años, y deben creerme cuando digo que soy la madre de un niño que se llama Moïse.³ Cuando volví con el biberón de leche, la bonita joven ya no estaba allí. Me acuerdo muy bien de lo que hice: alimenté al pequeño, lo lavé, le puse un bodi con un estampado de elefantitos grises, lo acosté en una cuna de la guardería, le coloqué un pequeño brazalete azul en la muñeca y marqué en él una M. Después, llamé a Cham, que me lo cogió a la primera y me escuchó en silencio, como yo, antes, escuchaba su niñez.

Créanme, desde donde les hablo las mentiras no sirven de nada. A cambio del divorcio, le pedí que reconociera al niño, que le diera su apellido y dijera a todo el mundo que había tenido ese hijo con una ilegal y que yo, su exmujer, aceptaba criarlo.

³ En español, Moisés [N. de la T.].

Que nadie venga a juzgarme. Me aproveché de todos los fallos de este país, de todas las lacras de esta isla, de todos esos ojos cerrados. Y créanme, era tan fácil. ¿Cuántos hombres dejan preñadas a las comorenses, a las malgaches, y se ven obligados a reconocer a sus hijos? ¿Cuántos hombres actúan como estafadores profesionales al reconocer la paternidad? ¿Cuántos hijos son abandonados por sus padres? ¿Cuántos padres reniegan de sus hijos en los *kwassas* cuando la PAF los intercepta? ¿Cuántos niños sin padres, sin papeles, juegan durante todo el día al sol sin que nadie les pregunte nada?

Que nadie venga a juzgarme. Conozco a polis, abogados, jueces y periodistas que llegan a este país con sus grandes ideas y rápidamente se rinden, demasiado rápidamente, ante todas esas hermosas mujeres que esperan en las esquinas de las calles, en los cafés, en las discotecas. Cuando Cham vino a darme el certificado, estuve a punto de decirle *Míranos, Cham. Mira qué felices somos ahora.*

Tengo cuarenta y cuatro años, y Moïse, mi hijo, me dice que su mayor deseo sería jugar con la nieve. Qué raro. Me pregunta si es un buen deseo y le contesto que sí. Debería contarle que a mí me gustaba mucho cuando nevaba en mi profundo valle y poco a poco, todo se volvía blanco, silencioso y mágico. Debería contarle que me comía la nieve a manos llenas, pero no lo hago, las palabras se me quedan atoradas en la garganta y me raspan como espinas de pescado. Moïse es un chico con una risa discreta, rara, y con un encanto que me conmueve cada día. Cuando camina, cuando corre, cuando hace sus deberes, cuando juega y cuando duerme. ¿De dónde le viene?, ¿de su madre o de su padre? ¿Percibí yo ese encanto el día en que su madre me lo tendió y él se estiró en mis brazos, tan cálido, tan pequeño? Un día tendré que hablarle de aquel momento, pero no me apetece pensar

en eso ahora. Me apetece vivir esta vida tan dulce que bebo a sorbitos para no desperdiciarla. Moïse va al colegio privado de Pamandzi, donde solo hay niños metropolitanos o hijos de mahoreses que han vivido durante mucho tiempo en Francia. A veces le hacen algún comentario sobre su ojo, pero Moïse sabe pronunciar correctamente «heterocromía». El año pasado incluso hizo una presentación de ello ante su clase. Nunca pregunta nada sobre sus padres biológicos. Me gusta decirle que nació en mi corazón, que atravesé los continentes y los mares para encontrarlo y que lo esperé durante mucho tiempo. Le gusta. Moïse siempre se lo come todo, no deja nada en el plato, y creo que esta verdad que lleva dentro y de la que no es totalmente consciente le viene de lejos. Esta verdad que le hace rebañar su plato y comerse una manzana sin dejar nada, con las pepitas y el corazón, no exigir nunca nada, volverse ligero, conseguir pasar desapercibido.

Ahora trabajo de día en el hospital y vivo en Petite-Terre, en la colina de Pamandzi, desde donde veo el aeropuerto, el lago y, por las noches, las luces de los barcos pesqueros. En nuestro patio hay un franchipán, un ylang-ylang, una allamanda, un mango, un papayero y unas plataneras. No muy lejos de nosotros, hay unas chabolas de hojalata, unas *bangas*,* donde viven ilegales, y nosotros cerramos con doble cerrojo nuestra casa y ponemos verjas de hierro en las ventanas y candados en nuestro portal. Ahora tenemos un perro al que hemos llamado Bosco, porque el libro preferido de Moïse es *El niño y el río*.⁴ Bosco es un chucho que he recogido cerca del

⁴ Considerado un clásico de la literatura juvenil francesa, *El niño y el río* es una de las obras más importantes del escritor Henri Bosco (1888-1976). Publicado por primera vez en 1953, cuenta con una edición en castellano, en Madrid, Gadir, 2007 [*N. de la T.*].

hospital. Es negro y con unas horribles manchas grises por todo el cuerpo, de lejos parece que tiene sarna, pero no, solo son manchas. Me he preguntado si también él habría llegado en *kwassa*, con su amo, unas cabras y unas gallinas. Se quedó junto al hospital varios días y finalmente lo he adoptado. Cham vive en Reunión con su mujer, que ya tiene papeles y otros tres hijos. En las vacaciones de verano lo veo a veces, pero él mira rápidamente hacia otro lado, creo que le hice demasiado daño para que todavía se acuerde de la joven que yo fui y con la que se casó. No tengo amigos, vivo aislada con mi hijo, con eso me basta. Cuando tomo el transbordador por la tarde, miro de nuevo el fondo del agua, a las mujeres en el barco, los islotes y la colina de Kaweni, con el poblado de chabolas extendiéndose como un pulpo. Veo a esos pequeños deambulando sin rumbo, jugando en la plaza del mercado, y pienso en las mujeres embarazadas que llegaron el mismo día que Moïse, bajo la lluvia, y también en todas las que llegaron antes y después. La maternidad de Mamoudzou ha pasado a ser la mayor de Francia. ¿Qué han hecho esas mujeres con sus pequeños? ¿Se los habrán dejado a un hermano mayor, a un tío o una tía? ¿Qué será de esos niños en la adolescencia? No lo sé.

Fuera, un zorro volador cambia de árbol y su aleteo me recuerda otra vida. Sonrío. Mientras yo arreglo la casa y Moïse construye, me ha dicho, una ciudad entera con sus LEGO, escuchamos un poco de música, pongo a Barbara como mi madre antaño. Es curioso cómo nos atrapan este tipo de cosas. Cuando suena «L'aigle noir», esperamos a que llegue la parte que más nos gusta de la canción y entonces, a coro, yo en la cocina y él en el salón, entonamos en voz alta *Dis l'oiseau, oh dis, emmène-moi. Retournons au pays d'autrefois, comme avant, dans mes rêves d'enfant, pour cueillir en tremblant des étoiles, des étoiles. Comme avant, dans mes rêves d'enfant,*

*comme avant, sur un nuage blanc, comme avant, allumer le soleil, être faiseur de pluies et faire des merveilles.*⁵

Esta noche releemos *El niño y el río*, a Moïse le apasiona. Al principio lo leíamos con el diccionario *Petit Robert* ilustrado al lado para que pudiera ver cómo son los juncos, los patos, los sábalos y los espinos blancos. Moïse suele ser Pascalet, y a veces el río. Esta noche está tumbado boca arriba, el cuerpo flaco e inmóvil, los ojos entrecerrados. Su mano izquierda reposa con la palma hacia arriba sobre mi vientre. Escucha, conoce cada frase, cada coma, se sabe este libro de memoria. ¿Oye esta noche cómo tiembla mi voz y me atasco con las palabras cuando le leo este pasaje?

¿Qué país era aquel? ¿Y desde dónde había venido Gatzto a la isla? ¿Quién era? Me lo preguntaba para mis adentros sin atreverme a preguntárselo a él, que nunca preguntaba nada. Porque yo también era para Gatzto un misterio. Mi presencia en la isla, mi aparición imprevista, habían debido intrigarlo. Sin embargo, no manifestaba curiosidad alguna por esos milagros de los que yo era el primero en sorprenderme.

Porque, a veces, me decía a mí mismo que estaba teniendo un sueño delicioso y terrorífico...

¿Cómo podía encontrarme en ese río, después de tantas aventuras, solo con un chico del que solo sabía el nombre, en esa barca?

¿En esa barca oculta, perdida en medio de los carrizales, en un brazo muerto del río?...

⁵ «Ey, pájaro, ey, llévame, regresemos al país de antaño, como antes, en mis sueños infantiles, para recoger temblando estrellas, estrellas. Como antes, en mis sueños infantiles, como antes, sobre una nube blanca, como antes, encendiendo el sol, creando lluvia y haciendo maravillas» [N. de la T.].

Me acuerdo de esto. Moïse se ha quedado dormido. Lo miro y de pronto se me ocurre la sorprendente idea de que se parece a mí. Sí, ahí, en ese lugar iluminado por la lámpara de noche, algo en los párpados caídos, en el dibujo de la ceja, en el nacimiento de la nariz. Me acerco a él y le digo *Buenas noches, hijo mío*.

Tengo cuarenta y seis años e intento escribir una carta, pero no lo consigo. Estoy inclinada hacia delante, con la parte superior de mi cuerpo casi apoyada en el papel, como si deseara que no fuera solo mi mano la que forma las palabras, sino toda mi carne. Moïse no está bien. Tiene pesadillas y está furioso. No quiere ir al colegio, me lo encuentro a veces bajo la marquesina de hojalata, en el muelle de Dzaoudzi, esperando que yo regrese del trabajo. Debería hablarle esta tarde de aquella noche en que la lluvia inundó la isla, de aquel bendito día en que llegó hasta mí. No consigo decírselo cara a cara, lo miro y las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Y tampoco consigo escribirlo. La noche, la lluvia, el *kwassa* sanitario arribado a la playa de Bandrakouni, en el sur, el bebé vendado. ¿Cómo contarle todo eso?

Tengo cuarenta y siete años, y recuerdo ese dolor de cabeza constante. Sé que debería ir a que me viera un médico, pero no lo hago. Me duele y me digo que me lo merezco. Moïse vuelve tarde y, cuando oigo a Bosco recibirlo con esa mezcla de ladrido y grito humano que utiliza solo para él, mis hombros se relajan por fin y respiro un poco. A veces me acuerdo de la casa ahora vacía de mi infancia y se me ocurre la descabellada idea de que ahora me encontraría muy bien allí. Escaparía del calor que me taladra la cabeza, escaparía de este país. Llevaría a Moïse lejos de aquí. Finalmente, me he armado de valor para hablar con él, para contarle su historia. He empezado por *Era el 3 de mayo, llovía, tu madre llegó en un kwassa a la playa de Bandrakouni*. Pensaba que con eso

tendría suficiente, pero no, todos los días quiere que vuelva a hablar con él, que le cuente más y más cosas, más despacio, que recuerde los colores, las formas, las palabras exactas, pero me duele muchísimo la cabeza y no quiero repetir las mismas cosas, y Moïse se pone como una furia y me llama mentirosa, quiere ir a la playa de Bandrakouni, pero no sé cómo decirle que no es más que una playa, que no espere encontrar nada allí. Moïse, mi hijo, ahora me llama Marie, no Mam. Me dice que le he criado como a un blanco, que no le he dejado vivir su «verdadera vida», que este no era su destino. Hace pellas, callejea, me exige dinero todo el tiempo, está resentido conmigo. Lo veo en su ojo verde.

Tengo cuarenta y siete años, y pego el oído a su puerta, duerme.

Llamo con los nudillos. *Ya es hora de que te levantes, Moïse. Llegarás tarde al colegio.*

Vuelvo a acordarme de la casa del valle. Allí hace frío. Me pondría una bata gruesa y unos buenos calcetines. Reinaría ese silencio tan absolutamente espeso y esponjoso de la montaña blanca. ¿Qué sabemos acerca de nuestros corazones y de esas cosas de nuestra infancia que nos agarran del tobillo y nos hacen mirar atrás bruscamente? Pienso en el bebé con el ojo verde y en la manera en que su madre, esa joven que parecía ser una niña ella misma, lo había fajado. ¿Qué sé yo del corazón de Moïse? ¿Qué sé de esas cosas invisibles y poderosas que le agarran del tobillo?

Lo oigo despertarse, quizá hoy vaya al colegio y no lleve esa gorra que le cubre la mitad de la cara, tal vez hoy no callejee con ese chico sucio que ha conocido hace algún tiempo, ¿llevará hoy con orgullo su ojo verde, como se lleva un talismán? ¿Volverá hoy a llamarme Mam? Dejo en la encimera de la cocina su tazón preferido, el que lleva su nombre, el dolor es un puñal al rojo vivo que escarba en mi cabeza, abro el bote

hermético donde guardo los cereales, oigo a Moïse acercarse por el pasillo y, de pronto, fuera, veo a mi madre. Está cerca de la ventana y me mira con unos ojos enormemente tristes. Entiendo enseguida.

Créanme, desde donde les hablo las mentiras no sirven de nada. No he notado la arteria estallar en mi cerebro, no he notado el último espasmo de mi corazón. Créanme cuando les digo que no me ha dolido cuando mi cabeza ha chocado contra el suelo y mi brazo se ha retorcido bajo mi cuerpo en un ángulo extraño. Créanme cuando les digo que me he quedado de pie junto a mí misma y que lo peor está por llegar.